

bellos y de *pose* premeditada ; se queda con una mano clavada en el corazón y la mirada en el cielo ; pasa la triste modelo de oficio, cansada ya de rodar por los estudios, mirando sin ver á los que la miran, vaga aparición del fastidio, cuerpo sin luz, espléndido y pobre recurso del arte ; pasa la modelo inexperta con carmines de rubor, y pasa el modelo Hércules, *tatuado* de brazos, corpulento como un monte, frunciendo el entrecejo y comprimiendo los brazos, para poner en relieve sus bíceps artificiales; pasan como un desfile los modelos á lo Rubens, las cabezas peinadas á lo Rafael de *rapin*, las místicas á lo boulevard exterior, las largas y estiradas simbolistas, la ruda Juana de Arco; pasan las ninfas de azúcar enseñadas á bruñirse en el taller de Bouguerau, las rojas cabelleras de Besnard, las payesas de *trottoir* del minucioso Lepage, los hombres de la edad de piedra de Cormon, las de la edad del vicio de Forain, y las enclenques criaturas violetas de Aman Jean, y pasan unas cual recuerdos de obras vistas ya realizadas y otras como vagas esperanzas, como ideas matrices de concepciones soñadas, como pasta de carne para hacer arte con ellas, como pobres maniqués y medios de inspiración y moldes de obras maestras.

Y sin recordar un momento que todo aquello son hombres y son, sobre todo, mujeres, levántase la mano, negativa ; gritanse allí sus defectos como insultos y á su cara se vota su hermosura ó su fealdad y se las rechaza sin compasión del estudio.

¡ Pobrecitas ! Creer que están curtidas, á esta votación cruel, á este íntimo desaire, es un engaño que el pintor se hace á sí mismo. No en vano á una mujer

se le niega el don supremo de la belleza que adora, sin que llore un bien perdido. Prueba de ello fué que un día, saliendo todo el mundo en tremenda gritería como siempre, oímos una mujer que lloraba al lado de la gran estufa y, por cierto que lloraba amargamente. ¡ No sirvo ya ! ¡ No sirvo ya ! nos dijo con la tristeza infinita de un ocaso sin aurora.

Era verdad. Para lo único que hubiera podido servir, realmente ; no servía ! Pero, ¿ qué hacer ? si el arte no tiene entrañas.

 V

La isla mística

Cuando, al despertar por la mañana, abrimos los postigos para ver la luz del día, se presenta Notre Dame detrás de los cristales como un saludo á los ojos.

¡ De allí no ha de moverse la augusta silueta ! ¡ Allí hemos de ver á todas horas á la hermosa, á la espléndida catedral ! Allí la contemplamos como fondo á nuestra vida de isla, como plácida sombra, y aún sentimos el amparo de su mole, cuando la luz se apaga y muere el día tan casto y tan hermoso, en estos días del empedernido invierno !

Al levantarnos, para ella es el primer saludo que

enviamos. Envuelta todavía en un sudario de niebla, vaga y vaporosa como un reflejo de ella misma, sin contornos y sin relieves, la entrevemos como nacida del Sena, la miramos dibujarse lentamente, surgir el ábside, desabrigarse su flecha, estirar las dos torres hacia el cielo cual dos brazos desparezándose á la luz de la mañana y echar de sus espaldas la neblina. Libre de ella, cuando se aleja arrastrándose por la corriente del río, vemos crecer sus encantos y dibujarse sus secretos, detallarse sus bordados y volverse joya cincelada; en su ábside sus largas piernas de crustáceo apoyadas en el suelo, en sus espaldas sus cresterías pizarrosas, en sus montantes sus siluetas de vírgenes y santos cobijados en sus íntimas capillas, dragones y grifos y animales fantásticos, agarrados en sus costados macizos, figuras solitarias sobre el cielo, frágiles ojivas y ventanales esbeltos, todo liado en haz de perfecto conjunto en sinfonía de líneas.

En pleno mediodía, vemos el sol de invierno posarse sobre ella en pobres rayos enfermos y marcar, en sus relieves, esos azules sin color y esos violetas sin fuerza, que más pintan que iluminan; vemos tornarla ultramar y recibir las llamaradas de fuego del sol que va al ocaso en los vidrios de sus larguiruchas ventanas, y la vemos por la noche tan cerca de las estrellas, que algunas parecen luces de plata encendidas en sus mismos campanarios.

No sé si tendrán alma los edificios, pero de que éste la tiene estoy seguro. Tiene un alma grande y triste como un nocturno, un alma misteriosa y gris como su misma pátina, el alma del roce de tantas almas como han orado en sus pliegues y la de tantos

artistas que la han dejado en sus piedras. Su color, que es de luto, inspira encanto y temor de cosa grande, recibe el aire cual pobre convaleciente, sin que el oro de la luz pinte jamás de rosa y ocre ese cuerpo de tétricas y perfectas proporciones; le sienta mejor la melancólica sombra de las nubes y la niebla que los rayos del sol y los azules del cielo, y en su paz parecen pintarse alegrías y dolores como en cuerpo sensible, lágrimas con la lluvia, temblores al contacto de los blancos copos de nieve, crujimiento de huesos con el frío de las grandes heladas del invierno.

¡ Qué gran cosa tener la joya de un alma así, donde mirar, cuando la suerte depara tantas líneas antipáticas como fondos de ventanas de la vida! Salir á respirar el aire y recibirlo impregnado de la santa poesía que ha recogido en el camino; Soltar la mirada á la luz, sin temor de que se nos vuelva cansada de lo que ha visto y nos cuente las mil fealdades que el hombre acumula sobre la tierra!; Tener Notre-Dame delante!; Tener por cortinaje de los vidrios esa gótica montaña es como tener un libro abierto todo el día á nuestros ojos, pero un libro escrito por santos y encuadrado por genios, un libro lleno de dulces palabras é iluminado de saber é inspiración; es tener sobre la mesa la sinfonía de piedra, la obra colosal de un hombre y de todo un pueblo á la vez, « la hermana de la *Iliada* », el producto prodigioso de las fuerzas reunidas de toda una época pasada, en la que se ve brotar la fantasía del obrero disciplinada por el genio del artista, especie de creación humana, poderosa y fecunda como creación divina; es tener algo

sublime donde verse pequeñísimo punto de mira, solemne para estímulo de trabajo y muerte de vanidades estúpidas.

Ella enseña, aquí detrás de los cristales, lo que puede la fe de un pueblo que tiene ideales que cumplir, y el modo inspirado y bello como ha sabido cumplirlos; la unión de millares de pensamientos en comunión de trabajo, elaborando juntos su obra y subiéndola en peregrinación de artistas hasta coronarla en la cruz de la veleta; la incógnita de tantos amantes de su arte, poniendo el talento en cada piedra, como quien pone un ex-voto de la idea y ocultando el nombre en la tierra, con la dulce esperanza de hallarlo en letras de luz en el libro de la gloria; ella enseña la donación de sí propio en aras del edificio, el santo amor á la obra, el gran amor al misticismo que eleva el pensamiento á lo lejos, á lo más lejos posible de la tierra, con esperanza por alas y ambición de consuelo en lo ignorado.

Notre Dame es isla dentro de otra isla, corazón enclavado en el corazón del continente, y por serlo la queremos. En ella, mil veces más que en la nuestra, el hombre encuentra aquel refugio de que hablamos, y dichoso ha de ser el iniciado en aquel sublime espíritu, cuando ya tanto enamora á los que sólo sabemos admirar su hermoso é inspirado cuerpo. Es isla aquella de naufragos, refugio de pecadores, isla con tristes orillas y vegetación frondosa, puerto de la geografía de ultratumba, hecho para orar ó despertar la admiración á los que oran; para aprender á querer sin los límites de lo finito, para soñar en cosas grandes; es casa aquella para sentir sublimidades, sin que se rían los hombres;

para soltar el pensamiento sin temor de tropiezos miserables, para hallar el consuelo de la religión los unos y los otros el del arte, para vivir preso en un refugio sin puertas.

Al salir á la calle; cuántas veces el aroma de sus flores nos atrae, y nos sentamos en sus pórticos respirando arte en su sombra, antes de ir hacia ese París inquieto!; cuántas veces, pasando, nos detenemos delante de un detalle indescifrable, de una flor que no habíamos observado, de un grifo que parece observarnos con los ojos vacíos, de una lápida sepulcral misteriosa!; cuántas veces acortamos el paso, para oír la orquesta de las campanas, tristes unas como voces de minarete, solemnes otras como voces de la muerte, y vemos voltearlas en la cima y abrir su inmensa boca, rodeadas de pájaros en gracioso remolino! Bien sabes, catedral, que no hay día que no recibas nuestra mirada, cuando no es nuestra visita; que no te veamos como joya, que no pensemos en los muertos que te hicieron, para admiración del mundo!

Unas veces nos vamos á contemplar tu fachada, y nos pasamos horas enteras tratando de descifrar los enigmas que guardan tus figuras, sintiéndonos subyugados por tus dos robustas torres, examinando tus puertas majestuosas. Son tres, y las tres hermosísimas; la del juicio en el centro, la de Santa Ana á la derecha, á la izquierda la de la Virgen. En la primera vemos la gran figura de Cristo, un Cristo de piedra, enfermizo, rodeado de los apóstoles, de las virtudes que conducen al Paraíso, de los vicios que precipitan al Infierno; sobre el umbral, el Hijo de Dios sentado en gloria de piedra; alrededor, los

ángeles y los Poderosos del cielo, los Profetas, los Mártires, los Doctores y las Vírgenes. Bajo los pies de Cristo, la pobre humanidad, en un haz apretado, sale de la negra tumba al son de una arpa ; á la derecha los Elegidos guardados por los Angeles, á izquierda los Réprobos cayendo en las llamas del Infierno, atraídos por el Diablo ; debajo de los apóstoles, más emblemas aún y más medallones, más atributos y simbolismos misteriosos, los Vicios y las Virtudes, la Esperanza y la Desesperación, la Sabiduría y la Locura, la Humanidad y el Orgullo, la Perseverancia y la Inconstancia, la Concordia y la Discordia, y otros emblemas que no llego á descifrar por lo enigmáticos ; las vírgenes santas con sus lámparas encendidas y las vírgenes locas, con las lámparas apagadas. Abraham y Job, Nemrod y otros mártires y otros profetas, y allí arriba, siguiendo las estrias y los nervios de los arcos, los Elegidos y Patriarcas, la Muerte montada en el flaco caballo apocalíptico, llevando el invierno á cuestras, serpientes y condenados sumidos en los más terribles suplicios ; más arriba aún, el Hambre y la Guerra, y en lo más alto, rodeado de su corte, Jesucristo en su gloria, entre nubes de encaje y cesterías de piedra.

En la puerta de la izquierda, admiramos la virgen gótica por excelencia, inclinada hacia un lado en graciosa postura, largo el cuello como el talle de un débil lirio, recios los pliegues y amorosamente cuidados por la mano del artista, cobijada bajo un cofre simbolizando el arca de la Alianza y rodeada de los Profetas que anunciaron la llegada y las glorias de María ; Y qué figuras de piedra forman

allí su corte, bajo los pliegues del arco ! Vemos la de Santa Ana á la derecha, rodeada de torres y fortalezas, y vemos en las tres puertas las piezas de cerrajería más hermosas que labraron en los siglos medioevales, y que hicieron dudar al pueblo que aquel portento de hierro saliera de las manos de los hombres, atribuyéndolas á la intervención del Diablo, y llamando Biscornette al forjador de tales obras maestras. Sobre ellas levántase la mirada para ir leyendo hacia el cielo y admírase la galería de los Reyes, donde en veinte y ocho arcos, formando otras tantas capillas y cobijadas en ellas, las estatuas, sobrias, majestuosas y solemnes, guardando, cual soberanos centinelas, la entrada de aquella casa. Más alta aún la galería, es terrado que da el descanso de la línea y deja reposar los ojos que ven como punto de armonía, Adán á un lado, Eva al opuesto, y en el centro una virgen con dos ángeles simbólicos ; una serie aún de arcos de puro estilo ojival, sostenidos más por milagro que por sus esbeltas columnas, y allá cerca de las nubes, la corona de las dos torres cuadradas, y posados en ellas un mundo fantástico de grifos, elefantes, dragones, cigüeñas y reptiles, mirando abajo atraídos por el vértigo.

Otras veces, damos la vuelta á la iglesia, deteniéndonos á orillas de aquella isla, y nos sentamos en el jardín de su ábside. Todo es paz y reposo en aquel poético sitio. Rodeado del Sena, apenas se oye el ruido del gran París á lo lejos, que llega como respiración de un eco, como cansancio de un pueblo.

Grandes árboles dan sombra á la catedral, y ella da sombra á los árboles ; y los troncos y los contrafuertes todos de color de acero, se confunden en ma-

ridaje de tonos y en trabazón de líneas raras; en el suelo yacen fragmentos del templo, derribados por el tiempo y por los hombres, y dan al sitio un carácter de museo al aire libre, de lugar íntimo y recogido, de oasis de tregua al viandante. Allí aspiramos ese aire gris de las ruínas... mezcla de humedad y olor de yedra que entra en el alma sin pasar por los sentidos; allí vemos figuras, libro en mano, buscando aquel desierto de París para estudiar lejos del mundo lo que al mundo han de contarle más tarde, y allí, pobres pigmeos, también sentimos anhelosos deseos de estudio, pero de estudio solitario, invitados por esos héroes anónimos que labraron la hermosa obra de arte que se levanta delante de nuestros ojos, como precioso ejemplo.

A veces entramos desde allí, dentro de la iglesia, y su grandeza es otra sensación que nos reserva nuestra isla; Qué conjunto maravilloso! Qué magia de armonía y qué soplo de genio para hacer brotar aquel bosque de columnas y darles savia con que enlazarse en el aire, en abrazo sin brazos y en beso de arquitectura!; Qué limbo aquel de luz misteriosa!; Qué cautela en dejar entrar sus rayos mitigados en mariposeo de vidrios y qué dulce fantasía de primores! Se advierte allí que el hombre, cuando se olvida que lo es, puede hacer grandes portentos, que la mente se hizo para creer en algo maravilloso, y que, creyendo, tan sólo se lanzan esas obras paridas del pensamiento. El mismo descanso de que disfrutaban los ojos á la opaca luz de la tarde, lo siente allí el espíritu entre el sosiego aquel de medios tonos y cantos á media voz. Goza allí la razón, disfrutaban los oídos la placidez del reposo, y los sentidos se

paran y dejan dormir el alma en suave arrobamiento. Es quizás el sueño tranquilo que produce la obra de arte, quizás la paz de la línea, algo más quizás que vuela por los ámbitos del templo lo que inspira ese abandono; son las campanas quejándose, los murmullos del rezo subiendo como incienso hasta la velada bóveda, las voces graves de los hombres zumbando como rumor de oleaje, sostenidas por las voces de niños, vibrantes como toques de cristal, como ruidos de agua cayendo sobre el mármol; el órgano severo acompañando el canto llano, las voces y los colores, las vibraciones y penumbras es lo que llama al silencio y hace doblar la cabeza; es todo á la vez y algo más, algo que zumba dentro de nosotros, y es adoración á lo bello. Sin ella, sin ese amor ó deliciosa locura, la vida, triste ya, sería más triste todavía y más penosa; sin ese afán de buscar la hermosura para el alma, que la pide como pide pan el cuerpo, el empeño de vivir sería estúpido; que bien pobre es y miserable el pobre ser que se marcha de la tierra sin amores, sin saber lo que vale el servirse del espíritu, ni conocer los goces íntimos de una admiración sincera.

Sentímosla allí y sentímosla en cada detalle del templo y nuestras visitas nos valen entusiasmos callados que suelen ser los más profundos. Horas son, y no se pierden aquellas horas de regalo espléndido, pagadas en sensaciones en cambio de adoraciones; horas paréntesis de la vida, en que uno advierte que sueña y se deleita al mismo tiempo soñando, y se entrega á la ventura, sin temores ni pobres preocupaciones.

Y si grandes son allá en la penumbra los goces

que nos regala el edificio, grandes son, y de otra índole, los que nos aguardan en lo alto del campanario. Por una estrecha y negra escalera subimos, y la escalera aquella tantas veces descrita en *Notre Dame de París* nos evoca el recuerdo de Esmeralda y Cuasimodo. Estrecha y circular, bruñida la piedra por el roce de miles de devotos ó curiosos, negra y severa, á cada paso parécenos que hemos de ver bajar de entre el silencio á la pobre bohemia y al triste campanero, « al reptil natural del templo »; parécenos, sin duda por el mareo ocasionado por las vueltas, que la silueta de Frollo, « la tétrica figura », ha de salirnos al paso, y que las misteriosas letras griegas,

ANAFKH

han de surgir á nuestros ojos en algún rincón de piedra. De vez en cuando un estrecho ventanal se abre como una grieta en el muro, y deja penetrar la luz del cielo, marcando sombras y contrastes; otras veces se llega bajo una bóveda y se vuelve á subir dentro de un cañón de escalera lúgubre y como insondable y á cada paso lo que parecían detalles, vuélvense fragmentos colosales, columnas las estrías, gigantes hermosamente grotescos los canchales y los grifos; peñas labradas, los encajes y bordados, y subiendo, subiendo siempre, á cada nueva ventana que parece, se ve crecer la catedral á primer término y disminuir las casas en el fondo; París extenderse como un plano de relieve, todo hundirse á allá bajo, y todo borrarse y esfumarse al llegar á la cumbre de aquel monte.

Lo que se ve desde allí es indescriptible. Llanuras de casas, veladas por la niebla, horizontes sin contornos, cúpulas doradas y azules campanarios; aquí una calle recta huyendo hacia los últimos confines, allí una mancha verde; montones en todas partes de casas apretadas como las olas de un mar tempestuoso, el río plateado con sus vapores corriendo en su superficie como insectos y dando la vuelta á la isla, y haces de chimeneas y términos que son pueblos, y llanuras que son barrios extensísimos. A los pies todo un mundo de fantásticos animales: reptiles alados, diabólicos corderos, mónstruos apocalípticos, elefantes y serpientes agarrados á las paredes del templo, y la silueta de un ángel imponiéndoles silencio como pastor misterioso de aquel rebaño diabólico; más allá, perdida en aquel mar, nuestra isla bañándose en el agua; y en primer término, el diablo de piedra de que habla Víctor Hugo, que allí está todavía mirando á París al fondo, riendo de sus locuras y aguardando cual funesto centinela del infierno.

El rumor de la ciudad no cesa nunca; rumor de un pueblo que lucha y se agita en hormiguelo continuo. Ese clamor del ruido desde aquella inmensa altura, causa el vértigo de seguir el movimiento y perderse al compás de aquella lucha, y la iglesia allí á los pies atrae con su sosiego y cautiva con su silencio. Siéntese allí nacer la duda entre el arte que se va como un ensueño y el arte que adelanta como un monstruo gigantesco y grandioso; y pregúntase el espíritu si aquel pueblo cerebral de allá á lo lejos, llegará á tener su templo, cual lo tuvo el pueblo que construyó Notre Dame.